

efusion de ese amor inmenso, que el padre comun envió por su hijo, ¡ Jesucristo comunicó a los hombres.—Los gobiernos ilustrados trabajan por la fraternidad, la libertad, la moralidad del pueblo, la difusión de las luces, la instrucción pública; trabajan en el progreso moral i material de la sociedad; no pierden de vista la marcha ascendente de la civilización, i el hombre, el instituto, la corporación que ayuda al gobierno, en los inapreciables trabajos de la moralidad e instrucción de los pueblos, difusión de las luces i progreso social, es digno de su reconocimiento, es acreedor a su gratitud. Para el hombre verdaderamente libre pasaron los ominosos tiempos de los odios, las preocupaciones, la persecución i las proseripciones.

Para apreciar i cultivar en el pueblo el espíritu relijioso (aun hablando políticamente en la materia que nos ocupa) cuán digno de atención sería, seguir en su carrera a los antiguos pueblos con relación a sus sentimientos relijiosos; seguir al catolicismo: paso a paso con relación a la libertad de los pueblos, al orden, a la tranquilidad, a la prosperidad, a la civilización jeneral. Cuando en la famosa Grecia ni la dignidad, ni el merito, ni los talentos mas aplaudidos ponian a cubierto del castigo a los que por sus discursos o conducta atacaban el culto nacional; cuando se acusaba al poeta Esquiles, al filósofo Diágoras, se condenaba a Protágoras i a Prodicos; se procedía contra Pericles i Anaxágoras, se perseguía de muerte a Aleibiades, i aun se condenaba a Sócrates a beber la cicuta, pues que se le imputaba no reconocer los dioses del país; cuando en la Grecia se perseguía la incredulidad o la impiedad, brillaba la época mas floreciente de las ciencias i las artes. Comenzó a desplomarse el coloso de Roma, cuando la relijion era impunemente insultada por los poetas en los teatros, por los filósofos en sus escuelas, i por los oradores en la tribuna. ¡De cuántos pueblos que abandonaron el catolicismo, no quedan sino ruinas que consume el tiempo, nombres que amenaza el olvido! Descendiendo a nuestro siglo, a nuestros días, hoy en la nación mas civilizada del mundo, sus primeros hombres se ven precisados a inculcar en las masas populares, las nociones sobre la propiedad, los nobles destinos de la mujer, los derechos sagrados de la familia, los vínculos indispensables de la sociedad; nociones que facultaríamos nosotros a las tribus salvajes que rodean la República, como los primeros elementos de la civilización. Fenómeno que parece sorprendente; pero que no admira al filósofo católico. No se emancipan las naciones de la Divinidad, revelándose contra ella, ni prosperan hollando instituciones divinas; no progresan olvidando los nobles recuerdos de lo pasado. En tal sentido todo progreso es retroceso. Si ingrato el hombre desdeña orgulloso las sendas trazadas por el catolicismo para la prosperidad de las naciones, ni él ni las naciones desprecian impunemente los beneficios que la Divinidad les concediera en la inmensidad de sus bondades. Se arrancaron de los pueblos los sentimientos relijiosos, i la Europa entrevió el abismo que bandadas demagógicas con manos sangrientas abian a la libertad i civilización, i nosotros no debemos perder de vista lecciones que no en vano se dan a los pueblos desde lo alto, con la elocuencia de los hechos.

madurez para conseguir todo el provecho que puede prestar su aplicación entre nosotros. Este escrito comienza por la siguiente

INTRODUCCION.

La sociedad ha reproducido siempre el espectáculo de las asombrosas contradicciones del espíritu humano. Océano sin cesar en movimiento, en medio de sus perpetuas agitaciones, dibuja a grandes pinceladas los tan diversos fenómenos que ha producido esa mezcla de instintos sublimes i de pensamientos malos, de grandeza i de bajeza, que se encuentra en cada hombre i que puede hacerlo alternativamente émulo del ángel o del demnio. Tal contraposición jamas ha sido tan sorprendente como en el siglo actual en que nuestras borrascas políticas han dejado entrever las profundidades del abismo, i las alturas del cielo. Ciertamente, la indiferencia relijiosa, en cuyo seno ha nacido nuestra época, ha sido vencida bajo mas de un aspecto, por el movimiento entólico en que han tomado parte tantas almas escogidas. Inflamado el espíritu frances con los rayos de la caridad, se ha entregado a todas sus jenerosas simpatías en esas bellas asociaciones que se han manifestado en los últimos tiempos, i que se tendrían desde luego por hijas de los mas hermosos días del catolicismo. Una juventud ardiente, no muy numerosa todavia, pero cuyas filas se aumentan mas i mas cada instante, i que ofrece estenso porvenir, se muestra ufana i venturosa, disputando al sacerdote el honor del apostolado, i rivaliza con él en todas las obras de su celo: hombres de profunda convicción sienten hervir en sus pechos toda la energía de celestiales inclinaciones i han puesto en planta los mas nobles esfuerzos para detener el mal por medio de ellos, i paralizar la impiedad mas sutil i corrosiva que haya habido en algun tiempo: en la prensa cotidiana i periódica, vasto campo de batalla abierto a los defensores de las sanas doctrinas, sus voces denodadas i llenas de inspiraciones van de acuerdo con los acentos de esos oradores sagrados que tan poderosamente fortifican la reaccion relijiosa, i cuya reputación que se ha hecho popular en Francia, triunfa de todos los errores i de todas las pasiones.

Si nos detenemos en este primer punto de vista, ¿con qué gustosa diligencia nos asociamos a las esperanzas de tantas almas juveniles que por la pureza de su fé, por la vivacidad de su amor i por la fuerza de su ardimiento, son dignas de ser las piadosas palomas encargadas de conducir la oliva consoladora despues de tantas tempestades! Mas, el asunto es demasiado grave para que nos dejemos arrastrar a las ilusiones de la primera perspectiva; i por otra parte, esos prematuros trasportes que se sienten a las luces inciertas de una aurora nueva, ¿no serán tal vez, indicio de aquellas grandes calamidades que hacen desfallecer el alma bajo los terrores de una noche malsana que se querría ver terminar? No: imposible es que ya disimuláramos: existe un inmenso mal en el presente siglo, i este mal es, sin duda alguna, el presajio de otro mayor. La imparcial estadística testifica el aumento cada dia mas espantoso, de los crímenes: atentados diversos contra naturaleza, desdienten continuamente a los paucirristas del progreso, mientras que una literatura que ha llegado al último término de demoralización, anuncia la ruina de los principios conservadores. ¿Ha habido en algun tiempo para el observador juicioso, motivo mas lejítimo de amargas reflexiones, de dolorosos presentimientos?... Si contemplamos la sociedad bajo el aspecto relijioso al considerar las enormes ruinas que ha amontonado en tan pocos años, ¿no nos sentiremos obligados a abandonarnos al dolor, a entregarnos al abatimiento, i a decir finalmente al Señor, como otro Jeremías: ¡cambiad, o Dios mis ojos en dos fuentes de lágrimas! Verdad es que la rechilla de Voltaire, la vulgar invectiva de Diderot i los brutales ataques de Volney i de

VARIANDES.

Importancia de la educación en el siglo 19.

Con este título se han publicado, hace poco tiempo en Francia, varios artículos dignos de la mayor atención. El *Catolicismo* los reproduce, rogando con encarecimiento a los padres de familia i aun a todas las personas para quienes no sea indiferente la prosperidad del país, que los mediten con

Dupuis, no están en moda el día de hoy; pero, ¿son menos peligrosos por ser menos ostensibles? no se apoyan sobre mas refinados sistemas, la impiedad, el deísmo práctico, cuando menos, el olvido de Dios en las altas clases de la sociedad? Rindiendo en apariencia, a la doctrina católica hipócritas homenajes, ¿no se ha encontrado el secreto de arrebatarse su aureola divina, i de despojarla de todo aquello que la hacía tan imponente i venerable en otro tiempo, la celestial misión de su fundador, la inmutabilidad i la unidad de sus principios? No: ya no se disputa su influencia saludable sobre el hombre i sobre la sociedad; nadie se atreve a vilipendiar con el nombre de bárbaras aquellas épocas misteriosas de la edad media, en que esta religión tan popular entónces, derramaba en el mundo la felicidad i la luz, combatiendo la enerjía del mal con la enerjía del bien. Pero en cuanto a los dogmas, se les reduce a fábulas mitológicas, a vagos simbolismos, que son como otras tantas nubes tras de las cuales se encuentra complacencia en confundir sus claridades inefables con las débiles vistumbres de una razón ciega i corrompida. Para una multitud de espíritus que se proclaman ilustrados, el cristianismo tan positivo, tan preciso en su doctrina i su moral, no es otra cosa que un sentimiento vaporoso, un sistema humanitario, una bella forma del pensamiento humano, una especie de nuevo platonismo con que se reduce, con inaudita audacia, la religión divina a las proporciones de sus ideas de un día; se hallarán embriagados de un frívolo entusiasmo, por lo que llamará su poesía, sus catedrales góticas, la pompa de su culto; pero rehusarán reconocer la fuerza del Espíritu divino que ha creado todas estas maravillas. Tal era la inconsecuencia de ciertos físicos eminentes del siglo último, los cuales, al mismo tiempo que proclamaban con énfasis las bellezas i las sublimes armonías del espectáculo de la naturaleza, cerraban voluntariamente los ojos, para no inclinar sus frentes en presencia del autor de tantos prodijios. I, necesario es notarlo; estos poetas filósofos, esos soberbios novadores se hallan de tal manera esclavizados por el espíritu de vértigo, que se creen investidos de una misión social, destinados a restituirlo todo a su lugar, a rejenerar las naciones i a darles instituciones nuevas, políticas i religiosas; de aquí han nacido tantos sistemas sociales rejuvenecidos o inventados, tantas piedras de espectacion colocadas sobre arena siempre movible. Numerosos sofistas, razonadores hábiles, pero vacíos de convicciones, que pretenden conocer la religión mejor que los sacerdotes, explicarla mejor que los Padres de la Iglesia, se apoderan de todos los órganos de la publicidad para nacionalizar entre nosotros un cristianismo mezclado con los mas monstruosos errores. Gracias a su proselitismo, millares de periódicos i de panfletos, depositarios de sus perniciosas máximas, van por todas partes, i hasta a las últimas clases de la sociedad, a derramar las semillas de muerte ocultas en sus seductoras palabras. Mas la religión es el fundamento de la autoridad; la única que, como ha dicho un filósofo, M. de Bonald puede dar la razón del poder i de las leyes; la que a despecho de todos los sistemas, ennoblece esta autoridad i la hace amar i respetar como a imagen de la Divinidad. ¿I causará admiracion, si después de haber hecho pedazos el anillo sagrado que unia con el cielo su código i su cetro, se hayan armado tan frecuentemente los pueblos contra ella con tantas prevenciones, con tantos odios i pasiones de toda especie, viendo solamente un hombre en el que la representa a sus ojos? ¡Escuchad cómo deploran los observadores mas concienzudos; cómo lamentan amargamente los mas profundos políticos, los mortales ataques que recibe cada día! ¿No es verdad que efectivamente, se emplean incesantemente con el auxilio de la publicidad de todo género, la picante ironía, el sarcasmo insultante, los mas perfidos paralelos, para hacerla a los ojos de todos los partidos un objeto de menosprecio i de desden, o cuando

menos, de completa indiferencia? ¿Qué se dirá luego, de esa fiebre de oro que se ha apoderado de tantas almas, que lo consume todo, que mata todo principio moral i toda noble convicción, que parece haberlo reemplazado todo, fidelidad, honor, probidad, religión, de manera que casi puede decirse que un hombre vale lo que pesa? La sed de las riquezas provoca además, la pasión del lujo, el amor de la vida i de los goces sensuales, i sobre todo, el vergonzoso egoísmo, el egoísmo, vicio tan antisocial, tan comun en nuestros días en las altas clases, como en las pobres, haciendo a las primeras, insensibles i orgullosas, i a las segundas, codiciosas i turbulentas. De aquí viene esa sequedad del corazón en el cumplimiento de los deberes mas sagrados, aun respecto de los parientes i de los hijos: esas viles intrigas para conseguir empleos; esas bajezas indignas para suplantar los rivales; ese industrialismo profundamente exagerado, ese comercio transformado en ajotaje ruin, esas bancarrotas tan frecuentes, en que se juega como por chanza, la fortuna de multitud de ciudadanos; i para colmo de tantos vicios i de tan grandes crímenes, el suicidio que se ha hecho hoy un acontecimiento tan poco extraordinario, un remedio tan fácil para toda imaginacion estragada en sus goces, o engañada en sus cálculos.

I en medio de una sociedad que ha caído tan abajo, en que es tan jeneral el olvido de los deberes, en donde el instinto moral se ha alterado tan profundamente; ¿será necesario preguntar, qué suerte ha corrido la literatura? La palabra es la expresión del sentimiento; i así en la sociedad como en el individuo, *la boca habla de la abundancia del corazón*. Cuando en un pueblo se ha agotado el manantial de todos los bellos sentimientos, i se han sustituido a las antiguas creencias, los sistemas dolorosos del scepticismo, ¿qué podrá producirse, leerse i gustarse, sino obras de una inmoralidad flagrante, romances i folletines en que se recorre como por juego, el laberinto de todas las pasiones? ¿qué podrá obtenerse, en una palabra, sino una literatura violenta i repugnante, impía i cinica? Volvamos si nó, los ojos a las obras de tantas inteligencias ajadas por el soplo helado de las malas doctrinas; ¿se ha visto jamás desigualdad mas ofensiva, mayor olvido de la decencia i dignidad humana, descaro mas horrible, profanacion mas criminal de la palabra? Las mas desvergonzadas pasiones se encuentran, por una alianza diabólica, unidas a las formas mas bellas del pensamiento, i aun muchas veces a las palabras sencillas i sublimes de la Santa Escritura: se quiere satisfacer a cualquier precio la brutal curiosidad del mas desenfrenado sensualismo que se haya visto jamás, se destrozan todas las barreras, se levantan todos los velos, se agitan todos los fuentes de corrupcion, se baja al fondo del abismo para hacer salir monstruos que horrorizarían a todo lo que hasta el día de hoy ha podido inventar la perversidad humana: espíritus malignos llevan hasta a los altares de la disolucion, las oraciones i los dogmas del cristiano; el ropaje del sacerdocio se ensucia en casi todas las nuevas piezas dramáticas; el religioso es escarnecido en la mayor parte de esas novelas rodeadas de espantosa popularidad: se ven arrancadas violentamente de su santuario las mas santas virtudes, las glorias mas puras; se las presenta a la muchedumbre con los mas innobles disfraces i mezcladas confusamente con todas las monstruosidades de la época.

I en vista de semejante espectáculo que no habría ofendido el mundo literario, ni aun en medio de las pequeñeces e ignominias del siglo XVIII, ¿cómo no hemos de preguntar aterrados, en qué siglo, en qué atmósfera respiramos? La idea de Dios, a no poder dudarlo, se ha oscurecido en gran número de espíritus; su presencia real entre los hombres ha dejado de creerse; el hombre no quiere elevarse sino por sí mismo, a buscaren si mismo la razón de su existencia, su último fin i su felicidad.—Ocupado constante-

mente en deducir consecuencias del racionalismo de la época que nos ha precedido, se ha concentrado en sí mismo más i más, i en el seno de su orgullo, ha hecho nacer extravagantes sistemas, aparentes para justificar las pasiones i sus creces: perpetuamente aplicado a investigar con solo su pensamiento, las leyes primeras de los grandes desarrollos de la humanidad, queriendo abrazarlo todo, explicarlo todo, los misterios, la creación, la revelación, el infinito, se ve oprimido bajo el peso de una majestad vengadora, i se pierde en el grosero i mortal error del panteísmo, palabra desconocida todavía de la muchedumbre, pero que es el verdadero nombre que debe darse a todas esas teorías especiosas que blasonan la pretensión de ofrecer todas las grandes soluciones sobre Dios, sobre el ser i la vida, la naturaleza del hombre i de la sociedad, soluciones que contienen el jéermen de un verdadero ateísmo.

No ha podido aun, ciertamente, definirse con precisión, el panteísmo; pues aquellos que admiten el principio, rechazan las consecuencias, i, sea incapacidad de tener pensamiento alguno en esta materia, o designio premeditado, prestan mil formas a esta absurda divinidad que todo lo encierra en su ancho seno, el finito, el infinito, el bien i el mal, el grano de arena i el oceano, el tiempo i la eternidad.—Por lo demás, es por desgracia demasiado cierto que las teorías de los filósofos, a pesar de lo que tienen de absurdas, se propagan con tanta mayor rapidez, cuanto con mas exceso lisonjean el orgullo i las pasiones.—Tales teorías son los elementos de esos libros atrevidos en que, bajo los májicos nombres de simpatía, de unidad i de progreso, se trastornan todas las nociones de la verdad i la conciencia, se confunden todas las cosas sagradas i profanas, todas las leyes divinas i humanas: esas teorías son las que dominan en aquellas conversaciones orgullosamente benevolas en las cuales se ensalza sucesivamente la caridad católica, la emancipación protestante, la simplicidad patriarcal del Islamismo, la majestad del jaganismo indiano; i elogiando alternativamente todas las doctrinas, se dispensan de profesar alguna. Así penetran en las costumbres bajo la forma de un optimismo ocioso que justifica los crímenes políticos a pretexto de necesidades o conveniencias, presentando los delitos como desgracias, i reduciendo toda apreciación imparcial bajo el punto de vista psicológico, a cierta razón de ser, independiente de toda idea de moral i de religión.

Si, conforme al unánime testimonio de los obispos, debe designarse este error del panteísmo, apesar de sus perpetuas transformaciones, como la grande flaga de nuestra sociedad; si es la base de los sistemas filosóficos e históricos de nuestro siglo, ¿no tendríamos motivos para temblar de nuestro porvenir? ¿No es de temer, que despues de haber recorrido este veneno, todas las fases de su desarrollo, venga a atacar todas las partes de nuestro cuerpo social? Habiendo sido irresistible en todos tiempos la influencia de las doctrinas, ¿no lo será tres veces mas tal que tienen tantos medios de comunicacion? La sociedad, del mismo modo que el hombre, obra siempre de acuerdo con lo que cree: así, según lo testifica la historia, los grandes cambios en el órden político i social, concurren siempre con cambios semejantes, en las opiniones; las revoluciones mas grandes, aun aquellas cuya lava devora espacios mas extensos, no son otra cosa, con raras excepciones, que la explosión de una idea, largo tiempo concentrada, i encendida despues en la hoguera de las pasiones.—Montesquieu i muchos publicistas modernos, han notado que, habiéndose introducido en Roma la duda filosófica, algunos flusos hicieron lo que no habian podido las fuerzas del mundo entero, los soldadas causaron la ruina de aquella República que habia dado leyes al Universo.

Cuando se observa que se efectúa una profunda alteración en las ideas religiosas, que existe un ateísmo que propagado con brillantes nombres,

tiende a sustituirse a las divinas lecciones i al principio fundamental del cristianismo; cuando vemos que en medio de la anarquía de tantas inteligencias entregadas al viento de todas las doctrinas por la negación de los dogmas religiosos, se ha logrado hacer contar en el número de simples problemas, las primeras nociones de la razón i de la moral; nosotros, cristianos, franceses ¿no deberemos lanzar gritos de alarma, como si nos viésemos perdidos ya en el caos, i en la espesura de las tinieblas precursoras de la mas horrible tempestad?....

¿A donde vamos, prestando oídos a la voz de esta filosofía que quiere hacer comparecer todo ante su tribunal igualar a un mismo nivel la verdad i la mentira, los dogmas mas sagrados i los mas temerarios delirios; que reclama la absoluta independencia de la razón, para pasar en revista las creencias todas del jénero humano, i dejar en adelante la fé sin influencia sobre el hombre i sobre la sociedad? ¿Querrá la filosofía moderna, separándose cada día mas de la revelación, volver a comenzar el trabajo de los antiguos filósofos, i construir un edificio con los escombros esparcidos de las viejas teorías, mezclados con los elementos quebradizos de los nuevos sistemas, como si no debiera recordar que en cuanto hizo en lo pasado, no pudo dar ni aun esperanza al mundo, i que en el imperio romano, en el tiempo de sus mas célebres representantes, la humanidad fué deshonrada con la adoración de los Césares, con el gobierno de los delatores, con los sangrientos juegos del Colisco, con el opresor i desvergonzado lujo de los grandes, ¿i con todos esos usos i esas leyes contra naturaleza qué aceptó el mundo como resultado de la necesidad?....

¿A donde vamos, impelidos por la corriente de este espíritu público tan jeneralmente deteriorado por la absoluta falta de convicciones, por la cobardía de carácter, i la venalidad de las almas? ¿Quién podrá decir hasta qué punto se ha dado facil intervención a las pasiones en la organización social, en que se ha dejado tan poco lugar a la fé religiosa, en que la vaguedad ilimitada de las doctrinas parece justificarlo todo, en la cual parecen autorizados todos los gocees del sensualismo, por los progresos de la industria i las teorías del interés personal?

¿A donde vamos, seducidos por esa literatura sin freno, que cual nuevo Proteo, toma todas las formas, habla todas las lenguas, se acomoda a todos los instantes de un siglo degenerado para ejercer una verdadera dictadura sobre un pueblo inconstante e irreflexivo? Necesario sería cerrar los ojos a toda especie de evidencia para no ver segundas intenciones en esas obras tan frívolas en apariencia, pero de un alcance tan desastroso, en las cuales cínicos escritores poetizan la disolución, popularizan las costumbres de los presidios, se rien del cielo i de la virtud, maldicen la sociedad, se burlan de los remordimientos i canonizan el adulterio.

¡Ah!... Rodeados de tantos elementos de muerte, en presencia de un cielo que se cierra, i privados de toda especie de brújula, nos encontramos como el piloto que arrojado a gran distancia de la orilla en la inmensidad de los mares, se ve impelido rápidamente por la tempestad, i prevéya la hora en que va a perderse en el abismo... Solo nos queda una tabla de salvación; pero ¿la aceptaremos? Podremos comprender por lo ménos, su oportunidad, i la necesidad de este punto de apoyo? Esto es lo que un erecano porvenir debe dar a conocer a toda la Europa. Entre tanto, preciso es publicarlo sobre todos los techos, i ensordecer a tantos hombres indiferentes, con nuestros dolorosos gritos: la Francia no puede salvarse sino por medio de un sistema de educación organizado sabiamente, capaz de reparar las faltas de lo pasado i de cambiar el horizonte de lo futuro. ¡Con cuánta impaciencia mezclada de agonías, espera esa lei de libertad de enseñanza, prometida tanto tiempo ha, que se ha hecho finalmente, el objeto de solemnes discusiones, cuyo resultado será, o extinguir para